



DIRECTORA: ANGELA GRASSI

Núm. 7. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Febrero 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO

Revista de Modas, por doña Joaquina Balmaseda. — MODAS: Traje para baile. — Traje para paseo. — Gola de encaje y manga correspondiente. — Berta para jovencita. — Vestido con fichú. — Vestido con volantes. — Chaqueta abierta. — Vestido adornado de encajes. — Vestido de terciopelo. — Vestido de muselina para baile. — Fichú de tul. — Cuello-corbata y manga correspondiente. — Delantales de moda. — Abanico pintado. — Abanico de plumas. — LABORES: Caja para pañuelos. — Arandela de cuentas de cristal. — Manta de

viaje. — Almohadon cubierto de muselina bordada. — LITERATURA: Elegía, por el Dr. Lopez de la Vega. — A mi hermano, poesía, por Mercedes Cuesta. — La mujer de D. Abramitas, por Abdon de Paz. — Las ramas secas. — La zagala. — La mirada hacia abajo, por Timoteo Alfaro. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Charada. — Consejos de higiene, por la Condesa de Araceli. — Correspondencia. — Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Muchas veces habreis oido condenar la coquetería femenina, y yo me complazco, queridas lectoras, en reconoceros juicio suficiente para huir de este defecto que mata los tiernos sentimientos del corazón, verdadera aureola de santidad de la mujer y primero de sus encantos, y sin embargo, hay un grado de coquetería legítimo, permitido, digno de alabanza.... El que preside á la eleccion de nuestros trajes y adornos, para atenuar un defecto ó realzar una belleza. La mujer se adorna para agradar, no á la generalidad, no al transeúnte que murmura á su oído una lisonja que se lleva el viento, sino para agradar á los que ama, á aquellos seres cuya vida tiene obligacion de hacer grata por todos conceptos. Rara vez la Moda deja de ofrecer recursos á todas las figuras, y para citaros un ejemplo de esta coquetería permitida, os diré que la persona de cuello largo deberá huir del cuerpo escotado y acompañar su rostro con la gola Médicis; así como la de hermosos y redondos hombros, procurará el escote siempre que sea posible, para lucir su torneado cuello. La de esbelto talle puede lo mismo usar la túnica ceñida que la rotunda ó esclavina, que sería desgraciadísima en una persona baja y gruesa; y estas reflexiones que hago á todas mis lectoras en general, las recomiendo principalmente á las modistas, que deben estar seguras de cargar con las culpas de la naturaleza; ninguna de sus parroquianas confesará que tal ó cual hechura que sienta bien á una de sus amigas, esbelta y linda, á ella le desfavorece, y achacará á falta de la modista la que es solo de su figura.

La combinacion de la faya y el terciopelo ha dado felicísimos resultados, y los seguirá dando en los trajes de primavera, contrariando su aplicacion, es decir, que si hasta ahora se hacia el traje ó la túnica de terciopelo con los adornos de faya, ahora se hará el traje de cachemir con faya, ó de faya con los adornos de terciopelo; y al efecto no puedo menos de recomendaros un traje de faya pensamiento, de falda lisa y de media cola con pouf de la misma, sostenido con gran echarpe y lazo de faya y terciopelo del mismo color: un ancho biés de terciopelo orilla la falda y cruza desde el borde derecho de la falda al costado izquierdo, figurando cerrar torcida, y encima tres biéses de faya siguen la misma forma, repitiéndose igual adorno alrededor de la chaqueta, que forma puntas de chaleco por



1. Traje para baile.

1 y 2. TRAJES DE BAILE Y PASEO.

2. Traje para paseo.

delante y postillon por detrás. La manga, casi justa, lleva bullon de terciopelo en la parte superior y biés y guarnicion en la parte de abajo. Este traje con un sombrero Toque de faya y terciopelo, es un atavío severo y distinguido para la época de transicion que se acerca. El empleo del azabache será otra de las felices invenciones de esta época, y no ha muchas noches pude observar en la primera fiesta de uno de los salones aristocráticos de Madrid, un traje bellísimo que con este adorno lucía una recién casada, que aun viste medio luto por una persona querida. Su traje, de paño de Lion negro, llevaba ancho

no de azabache, de que antes os hablo. Para hacer más fácil este adorno, teneis en este mismo número de EL CORREO guarniciones bordadas en tul con azabache, que podeis disponer como guarniciones sobre volantes ó en túnicas de vestidos; tambien se bordan en tul ó granadina con seda al pasado cenefas y floreados, cuyos contornos se marcan con azabache, dando un resultado feliz, y así mismo se recortan flores de otros bordados, que se aplican sobre el tul con azabache alrededor.

Los salones están animados, y para ellos el capricho y la ostentacion utilizan todas sus armas: el traje abierto

plegado por delante y dos órdenes de encaje bordado de azabache encima, cuyo adorno se repetia por detrás en la túnica-manto, más larga que el vestido: un lazo pensamiento en el pecho y otro igual en la cabeza, cada uno sujeto con un broche de brillantes, completaba este atavío rico y severo.

Para otra boda que ha tenido lugar uno de estos dias, he podido admirar trajes confeccionados por una de las mejores modistas de esta capital, cuyo nombre no me permite revelar su modestia. Era el de la iglesia, de paño de Lion negro, con ancho plegado por delante y dos volantes á grandes cañones encima, iguales á los cuatro que adornan la falda por detrás; un pequeño delantal de la misma tela guarnecido de pluma, iba á rematar por detrás en dos puntas que sostenian el pouf de la falda; chaqueta con gola de terciopelo y encaje blanco. El de la comida, color verde Nilo, llevaba una delantera al biés á bullones y volantes desfilados con ruches de lo mismo, que se repetian alrededor de la túnica-manto, que suelta tiene inmensa cola, y recogida á un lado de un modo caprichoso, deja un traje redondo de calle. Habia otro reseda, al biés la delantera, y alternando un biés, un volante con dobladillo á pespunte, otro con ondas muy profundas ribeteadas de la misma tela, y un tableado encima de una riqueza y primor sin iguales; otro salmon y verde, que solo la gracia de la hechura podia disimular lo atrevido de los colores, y en fin, cualquiera de ellos bastaba para formar la reputacion de la modista que los hacia. La hechura de los cuerpos era chaqueta variando los postillones y las mangas, que unas son con vuelta, otras bullonadas y otras con guarniciones á la altura del codo para sociedad y teatro, como las que os ofrece el grabado núm. 20 de este mismo número, cuyo traje de terciopelo lleva el privilegiado adorno

en corazon ó en cuadro domina en absoluto, y solo en las recepciones puramente de baile se permite el pretencioso vestido escotado; sin embargo, por si teneis alguna de estas ocasiones indispensables, os recomendaré como traje de verdadera novedad uno celeste de forma sotana escotada con plegado de tul en gola alrededor del escote y gran echarpe de encaje blanco, sujeto en el hombro izquierdo con lazo y grupo de rosas, y otra vez en la falda al lado mismo con grupos de rosas y lazo con caídas, cruzando el echarpe por toda la parte de atrás á rematar en el costado derecho con otro lazo. Los lazos y caídas llevan bordados ramos de color de rosa, y lo mismo unas solapas que, en forma de berta, completan el escote.

Como objetos de capricho, las golas de distintos colores en faya y tul, y los chalecos, se sostienen con más pertinacia que otros accesorios de nuestros trajes, y esta consecuencia demuestra su buen gusto y utilidad. Sobre un traje negro, un chaleco celeste ó rosa, hace un atavío delicioso para teatro ó reunion, y lo mismo sobre un traje sencillo gris una gola rosa con juego de lazos de igual color, que se colocan en la falda y mangas. Todo lo que es económico y lindo, se sostiene algo en medio de la inconstancia de la Moda.

En sombreros, la forma *Toque*, ó sea bullonada con gracioso plegado alrededor, es la que domina, y acredita su gracia lo pronto que se ha generalizado: para ellos, como para los vestidos, se utilizan dos telas ó dos tonos de una misma, sujetándose el lazo y plumas con una flecha, una herradura ó cualquier otro capricho de acero, bronce ó nácar. Los peinados son algo menos elevados, pero siempre dejan libre la cabeza por detrás como conviene á la indispensable gola, adornándose con lazos sujetos con alfileres ó broches ricos. Respecto de las flores, las damas parece haberse convenido en lucirlas solo naturales, desde que en el depósito de ellas, Salud 2, se encuentran con tanta economía. Hoy es más distinguida una rosa-té natural entre el cabello, que el más costoso adorno de flores imitadas, y en los salones de pretension, lo mismo que en las tertulias de confianza, no se presentan las jóvenes sin una camelia, un clavel ó una rosa natural, lo que hace honor á su sencillez y á su buen gusto.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

1 y 2. TRAJES DE BAILE Y PASEO.

1. *Traje para baile*.—Vestido de muselina blanca con viso de seda de color: la falda lleva tres volantes plegados, y la túnica, recogida de atrás, va adornada de muchos entredoses de tul, para lo cual recordamos los infinitos de este género que ofrece de continuo EL CORREO, orillando los dos últimos un plegado de muselina estrecho, que se repite más ancho al borde de la túnica por detrás: el mismo adorno forma chaleco en el cuerpo; y la manga, lisa hasta el codo, va terminada por plegados y entredoses. Lazos de cinta del color del viso, completan el adorno.

2. *Traje para paseo*.—Vestido con pouf de faya negra y cuerpo con aldeta de terciopelo negro: la falda va cubierta de volantes por detrás y con tres solos por delante, separando unos de otros un plegado al costado de la falda: el cuerpo está ribeteado de faya; la manga lleva un volante de faya y otro de terciopelo, y la gola y lazo de la falda son de terciopelo forrados de seda de color: el segundo le sujeta una hebilla.

3 y 25. ABANICO.

Pintura en madera.

El núm. 27 representa de tamaño natural la linda pintura que adorna este abanico de madera, de 24 cents. del centro y 13 de las orillas. Los contornos se hacen con negro sobre la madera clara y lo mismo las venas y las sombras: el fondo, de hojas y pámpanos, con café oscuro, los escarabajos con café claro (sépia), y los tallos y cáliz de las flores, con gris. El busto que sale del cáliz de una campanilla es verde y el vestido rosa. Este trabajo está destinado á las señoritas que saben pintar.

4. ABANICO DE PLUMAS.

Este abanico, todo de plumas con mango de márfil esculpido, recuerda los que se han admirado en la exposicion de Viena, seccion del Brasil. Las plumas rizadas, colocadas en círculo, guarnecen un fondo cubierto de plumazo finísimo de cisne, en cuyo centro figura por un lado una camelia y por el otro un pájaro. La cenefa va adornada de escarabajos verde luz.

5 á 8. CUELLOS Y MANGAS.

Como la Moda tiene sus caprichos, uno de los del mo-

mento es llevar el lazo de corbata á un lado de la gola, lo cual permite lucir delante el indispensable medallón.

Los núms. 5 y 6 muestran gola y manga con el mismo adorno, hecho con puntilla de 3 cents., rizada á un puño de muselina en dos órdenes, con una cinta de color: los pliegues superiores son más pequeños que los inferiores, y la manga repite el rizado con uno más ancho hácia la mano.

Los núms. 7 y 8 muestran un cuello alto de Holanda forrado de percal, y con dos grupos de pliegues por detrás, y redondeadas las puntas de adelante. La manga repite el mismo adorno doble, redondeada la parte superior, y formando pliegues la interior hácia la costura (véase el grabado núm. 8). La tira superior tiene 4 centímetros de anchura y 9 la inferior, despues de hechos los dobladillos á pespunte.

9 y 10. DELANTALES.

Córtanse por el sistema conocido, de un paño con nesgas, y sus graciosos adornos pueden lo mismo aplicarse á delanteras de vestido.

El núm. 9 lleva tres volantes picados, el primero de 13 cents. y los dos siguientes de 7; colocándose más altos dos bieses orillados de terciopelo: tres lazos de terciopelo con hebilla ó de seda, completan el delantal, y cada uno se hace de una tira al biés de 12 cents. de ancho por 23 de largo.

El núm. 10 muestra dos volantes picados de 10 centímetros de ancho cada uno, y encima un bullon cortado á trechos por florones de pasamanería, que descansan tambien sobre una tira de terciopelo ondeada, que sirve de cabeza al bullon: esta tiene 6 cents. de anchura y la tira del bullon 9 y 67 de larga. La parte superior del delantal va igualmente adornada de pasamanería y bullon.

11. BERTA PARA JOVENCITA.

La forma de esta berta es la de un justillo por delante y por detrás, y se compone de bullones de muselina sobre transparente de color y entredoses de tul con cintas pasadas. Un plegado de muselina con puntilla al borde adorna el escote y baja hasta la cintura, y un plegado ancho la bocamanga, formando hombrera. Lazos en los hombros y en el pecho, de cinta, completan la berta, á la que acompañan mangas cortas de muselina.

12. CHAQUETA ABIERTA.

Una fruche de encaje blanco adorna el escote y baja por todo el delantero abierto, que se cierra por botones y cordones de pasamanería. El adorno de la chaqueta es de terciopelo negro y faya de los colores del vestido.

13 á 15. FICHÚ DE TUL.

Un doble biés de faya rosa de 2 cents. de ancho y 76 de largo, se fija en el centro de la doble gola de tul Malines, con pliegues en la parte superior; y el fichú, de tul negro moteado, va guarnecido de encaje de 5 cents. El fichú necesita un pedazo de tul al hilo de 170 cents. de largo por 32 de ancho, y se recoge con pliegues cruzándolo en el pecho bajo un lazo rosa: las puntas se prenden á los lados figurando las puntas de un chaleco. Pueden servir para adorno de este fichú los dos encajes bordados con cuentas de tul ó gasa con piquillo de encaje alrededor.

17 á 21. TRAJES PARA SOCIEDAD.

16. *Vestido con encajes*.—Vestido de cola, de faya color de rosa pálido, adornado por delante de un ancho plegado con encaje rico á la cabeza, que sube por los lados de la falda sujeto por florones de pasamanería blanca. Talma de cachemir blanco con fleco y ruche de seda picada.

17. *Vestido con fichú*.—Es de seda malva con chaqueta escotada y manga corta, completándole túnica, fichú y mangas bullonadas de tul negro, terminadas por una vuelta malva con ruche de tul de ilusion alrededor. Otro igual más ancho forma la gola en corazon, adornando el cuello un terciopelo con estrellas de oro y una cruz.

18. *Vestido con volantes*.—Es de faya azul agua, con volantes picados alternados con plegados de muselina. Lazos en el hombro y el pouf, el último de cinta anchura con fleco deshilado y una rama de flores.

19. *Vestido de terciopelo negro*.—Falda lisa de cola, con cuatro caídas por delante bordadas de azabache y guarnecidas de pasamanería ó encaje, y terminada cada pata ó caída por una borla. Chaqueta con cuello vuelto y gola de terciopelo orillado de faya negra ó de color. Gola y mangas interiores de tul.

20. *Vestido de muselina*.—La falda lleva al canto volante de 40 cents., adornado en el bajo de dos entredoses y á la pegadura con entredós y cabeza de muselina plegada. La túnica, recogida de atrás por rico echarpe de seda de color, lleva volante de encaje por detrás y más estrecho y un plegado por delante: el cuerpo, formado de entredoses y tiras de muselina, lleva tirantes de bieses de seda y encaje (véase el dibujo). La manga lleva vuelta correspondiente al cuerpo.

21 á 23. CAJA PARA PAÑUELOS.

Este lindo modelo tiene la armadura de bronce con el fondo, las paredes y tapa de carton. Toda la parte interior va enteramente forrada de seda grana ouaté perfumada, y el exterior de raso blanco, va bordado por los dibujos números 23 y 24, á punto ruso y pasado largo con torzal de vivos colores; el núm. 23 muestra la cabeza egipcia que ocupa el centro de la cubierta, y en torno de la cual se repite 8 veces el dibujo núm. 24, formando cenefa, y el mismo se reproduce en las paredes de la caja. La cabeza y cuello está recortada en paño y aplicado con una fina cadeneta de seda negra, mientras los ojos y pendientes se bordan con seda blanca. El collar es de soutache de oro con cadenetas blancas y puntos encarnados, y el adorno que rodea la cabeza consiste el borde en puntadas largas marron sujetas á distancias iguales por puntos de oro, y desde él al centro, puntadas que ocupan todo el espacio de sedas variadas sujetas con puntadas de oro: empiezan en el centro superior por grana, sigue verde, boton de oro y azul y se repiten los mismos colores por su orden. El núm. 24 tiene la estrella del centro grana perfilada de oro, y lo mismo es la doble línea que forma el cuadro: los óvalos son punzó y negro con oro; las cinco puntadas que forman pluma son lila ó verdes.

24. ARANDELA.

Materiales: Cuentas de cristal y alambre.

Comiézase por un círculo de 48 cuentas ensartadas en alambre, y en este círculo se hacen alternando un óvalo hácia abajo y otro derecho, cada uno de 23 cuentas; y estos óvalos se juntan en sentido contrariado cada cuatro cuentas: los festones que adornan los óvalos, y hay uno para los superiores y dos para los inferiores, cuentan cada onda 11 cuentas, formando las tres del centro un picot ó sortija, retorciendo el alambre ántes de acabar el feston. Las rosas pendientes de los festones alrededor, tienen cada una un círculo de 16 cuentas, rodeado de 8 picots de tres cuentas cada uno. Es preciso torcer bien las puntas del alambre.

26 y 27. MANTA DE CROCHET BORDADA PARA VIAJE.

Materiales: Lana céfiro blanca y azul, seda francesa amarilla y blanca.

Cada uno de los cuadros de la colcha se hacen separados á crochet tunecino, y despues se bordan con una estrella en el centro y una vuelta alrededor de puntas dobles que abrazan dos del tunecino, con seda blanca ó amarilla. Los cuadros se unen á punto por encima unos á otros, ó se separan con una tira de otro color que case con los del fondo. El núm. 28 muestra de tamaño natural uno de los cuadros, para el cual se hacen 18 vueltas sobre 19 puntos. Despues de la primera vuelta de tunecino, se hacen en las 6 siguientes, y siempre al volver, los picots de 3 puntos de cadeneta, colocándolos en disminucion como indica el grabado, y siempre contrariados, para lo cual, entre cada picot, se hacen dos lisos: en los otros dos ángulos se principia al revés por uno y se acaba por 3. La estrella se borda á puntos largos con lana blanca, sujetos los puntos con seda del mismo color y centro de nudos amarillos.

Los festones del fleco tienen cada uno 6 puntos y uno doble repitiéndose en dos vueltas, la primera blanca y la segunda azul, variando lo mismo las borlas.

28. ALMOHADON CUBIERTO DE MUSELINA.

Puede elegirse para esta cubierta el dibujo que se quiere, siempre que corresponda á un tamaño de 50 á 55 centímetros, que es el tamaño del almohadon: se hilvana sobre la muselina un pedazo de percal, sobre el cual se bordan los contornos del dibujo con seda negra, y despues se recorta toda la parte exterior del percal, dejando solo las flores: estos contornos se bordan á cordoncillo ó feston Méjico, y las rosas forman realce en sus distintos pétalos. Un encaje alrededor y lazos en las esquinas completan el almohadon.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3.

ELEGIA.

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL CARMEN
FERNANDEZ DE TORO Y BUSTOS DE BARRADAS.

¿Qué es nuestra vida
Más que un breve día,
Do apenas nace el sol
Cuando se esconde
En las tinieblas de la noche fría?
(RIOJA).

Murió! paloma de dulzura,
Arroyo de armonía,
Angel de amor, de plácida ternura,
Astro brillante del sereno día.
Murió! arcángelica bonanza,
Sueño inocente que vivió en el cielo,
Aliento de magnánima esperanza,
Suspiro de dulcísimo consuelo.

—
Si la vida es dolor, dicha es la muerte,
Morir solo es nacer á otra existencia,
Trocar las vestiduras de la suerte
Que en el mundo nos dió la Providencia.
Muere la flor de la brillante aurora,
Muere el ave del valle solitaria,
Muere el rayo esplendente de la aurora,
Muere también la púdica plegaria.
Muere el rico y el pobre, muere el día,
Muere la noche con la blanca luna,
Muere también la tierna simpatía;
Y muere en dulce cuna
El que al nacer la vida no pedía.

—
Solo es Eterno Dios, vida constante,
Aliento universal que todo llena,
Movimiento ruidoso del Atlante,
Aroma celestial de selva amena.
Solo es Eterno Dios, de quien el alma
Recibe fuego de divina lumbre,
Savia potente de la esbelta palma,
Que ostenta su verdor en alta cumbre.
Eterna es la verdad, mártir del mundo,
A quien niega la torpe muchedumbre,
Aliento de virtud, germen fecundo
De tierna mansedumbre.

—
Las almas religiosas
Necesitan vivir en alto cielo,
Elevar hasta allí su rauda vuelo
Entre nubes de nácar deliciosas,
Dejando las miserias de este suelo.

—
Allí te encuentras hoy justificada
Entre querúbes de ideal sonrisa
De guirnalda divina coronada,
Oreada por la brisa,
Que murmura en la gloria deseada.
Allí te encuentras hoy, dulce suspiro,
De beatífico amor, de fe sincera,
Como una flor de dulce primavera,
Y tu recuerdo tiernamente admiro.

—
Cuando se muera el sol en Occidente
Y la noche nos muestre su tristeza,
Entre mirtos veremos tu grandeza
Y entre nubes de tul tu hermosa frente.
Grabará la virtud tu dulce nombre,
Y en el Templo de Dios tendrás asiento;
Y quede para orar la prez del hombre
Y déte la oración su dulce aliento.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.
(Copia.)

Madrid 28 de Diciembre de 1873.

A MI HERMANO.

Díme, quién te alucinó?
Por qué obraste de esa suerte?
¿Tal vez corras á la muerte
Por esa senda fatal!
Partir!... Qué triste palabra!
Por siempre tal vez... Locura!
Calla!... Mi pena es muy dura
Y tú aumentas mi pesar.
¿Acaso algún ángel malo

Quiso arrastrarte consigo
Al abismo, ó un falso amigo
Te llevó á tu perdición?
¡Ay hermano, cuántas veces
De Dios sola en la presencia,
He implorado su clemencia
Y su augusta protección!

¡Cuántas veces recordando
La dulce infancia pasada,
Siento el alma destrozada
Por horrible frenesí!
A mi corazón dejastes
En la más honda tristura,
¡Cuántos días de amargura
Tendré que contar por tí!

A Dios ruego te proteja
Y hacia tí su mano tienda,
Mientras hago pobre ofrenda
A la Virgen del Pilar.
Solo fío en su socorro,
Que le pido con anhelo:
¡Virgen santa del Consuelo,
De tu siervo ten piedad!

MERCEDES CUESTA.

LA MUJER DE D. ABRAMITAS.

I.

Don Abramitas era una de las criaturas más desventuradas que Dios se había dignado enviar á este valle de lágrimas. Nació en un sotabanco de la calle del Desengaño, en año bisiesto y en día fatal, en viernes. Muchacho, los de su edad se le burlaban; joven, no tuvo una mujer que le quisiera por su voz atiplada y su raquítica estatura; y hombre se quedó huérfano; por falta de parroquianos se le olvidó el oficio de sastre, perdió por apartar de una riña á un amigo un ojo de la cara y en un día de revolución se torció por correr un tobillo.

Cojo y tuerto entró de ayuda de cámara al servicio de un señor muy rico; el amo se acordó al morir de su criado; y como no tenía herederos forzosos, le legó diez mil duros.

Abramitas se figuró que con los doscientos mil reales era dueño absoluto de la tierra. El infeliz no había reparado al mirarse al espejo en que tenía cara de pobre, y en que está escrito que el que nace para ochavo nunca jamás llegará á cuarto.

II.

El nuevo capitalista no supo qué hacerse con el dinero. Todo el día se le iba en echar cuentas sin determinarse á emprender nada.

—Lo primero que debo hacer, se dijo por fin, es casarme, y casado arreglar con mi mujer este negocio.

Y como no le pareciese mal partido una joven de diez y siete años, guapa, manchega, de Argamasilla de Alba, á la cual conoció cierta noche en Capellanes; se resolvió á pedir su mano.

Casilda tuvo noticias fidedignas de que D. Abramitas no era un don Nadie, sino un señor que tuerto y cojo contaba con un capital de diez talegas, y con el beneplácito de una tía suya, en cuya compañía vivía, le respondió que sí con mil amores.

Pobre Abramitas! La degradación le perseguía. Casilda iba á ser para él lo que para el pájaro incauto el grano de trigo de la ballesta.

III.

Vanidosa como ella sola, aconsejó Casilda á su marido que emplease el capital en unos molinos de viento en el término de Argamasilla.

—Así, pensó interiormente la paisana de D. Quijote, cuando vaya á mi pueblo, al verme mujer de un capitalista y arrastrando vestido de seda, me considerarán, me saludarán respetuosamente y me llamarán doña Casilda.

Desdichada! No había contado con la huéspeda. Y la huéspeda fué que los de Argamasilla, al verla tan pedantona, la obsequiaron un sábado, á poco de llegar, con una estrepitosa cerradura á la puerta de su casa, y al domingo siguiente con una tremenda silba en la plaza: catástrofe aciaga que ocasionó á D. Abramitas un sofoco, y con él unas viruelas que le pusieron como nuevo.

Por fortuna el bondadoso ex-sastre era hombre condescendiente y dió gusto á su cara mitad, arrendando los molinos y trasladándose á Madrid: que si no uno y otra hubieran sido enterrados en el pueblo.

IV.

El esposo de Casilda abrió al público una carbonería en la calle del Salitre; mas fué tanta el agua que echó en el carbon, á propuesta de su ambiciosa costilla, que en un año concluyó por desacreditar el establecimiento.

La Eva de la Mancha inició á su obedientísimo Adán otro *modus vivendi*, el de prestar dinero en pequeñas cantidades al módico interés de peseta por duro al mes, ó sea al doscientos cuarenta por ciento al año; y D. Abramitas se convirtió en usurero. Pero como el dinero de estos señores suele irse conforme se viene, sucedió que de cien personas, setenta y cinco juzgaron prudente no pagar y se salieron con su gusto, gracias á la carencia de energía del prestamista.

V.

En estas y las otras pasaron cuatro años, al cabo de los cuales el capital del hijo del infortunio quedó reducido á un molino de viento.

El molino fué vendido y con su producto estableció el matrimonio una casa de huéspedes económica, donde por siete reales se daba cama, ropa limpia, chocolate, almuerzo y comida.

Acudieron empleados cesantes, escribientes de notaría, estudiantes no muy sobrados de dinero y otros apreciables ciudadanos por el estilo hasta en número de trece. Sin embargo, las mesadas de todos juntos no bastaban para los alfileres de Casilda, cada vez más incorregible, más amiga del lujo y casquivana.

VI.

Cierta ocasión en que don Abramitas trató de reprender á su cara mitad, estuvo aquel en poco de perder el ojo que le quedaba sano. Casilda no podía ver que se tocara á un céntimo de su presupuesto de gastos.

—Bastante economizo, respondía. Mi primer hijo me le crió una nodriza y el segundo le tengo yo que estar criando á mis pechos; el primero tuvo niñera y este co, mo no le enseñes tú á andar...

—Bien, le tiraré de los andadores.

—Antes me llevabas al café, al teatro, al baile, y ahora no me llevas; antes estaba suscrita á tres ó cuatro novelas y á *El Correo de la Moda*, y ahora me tengo que contentar con los folletines y revistas de cualquier periódico.

—Hay que tomar el tiempo según viene.

—Y á propósito. ¿Si vieras qué trajes se preparan para la próxima estación!

—Para trajes estamos. No te cansas de pedir imposibles. Y el casero?

—Yo le hablaré para que nos deje en paz este mes.

—¿Y el panadero, que me ha dicho hoy que si no le pagamos mañana no nos va á volver á dejar ni una rosca?

—Mira que me incomodo.

—Esto no puede seguir así. Tu tía te me entregó muy mal enseñada. Tu afición al lujo ha sido una de las causas de mi ruina. Somos pobres y te empeñas en vestir todavía como una marquesa.

—Ay! qué hombre! Me va á dar el histérico; no quiero que me llames pobre; eres un tirano; siempre estás llorando miserias.

—Lo mismo que eso; no satisfecha con deshonrarme vistiendo de una manera que no correspondía ni correspondía á tu clase, al paso que á mí me has tenido y tienes de cualquier modo, hasta el caso de haber necesitado coserme yo mismo ayer los forros de los faldones de mi levita, levisá ó lo que sea ¡admirate! con papeles de periódicos mojados en tinta; no satisfecha, digo, con deshonrarme en acciones, tratas de deshonrarme de palabra. Considera que esto no puede seguir así, te lo repito.

—Vas á ser la causa de mi muerte. Ingrato! ¡Desagradecido! Mal esposo! Mal padre!

Y Casilda echó á llorar, gritando:

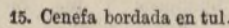
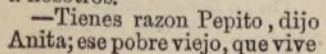
—Por qué me casaría yo con este hombre!

Y D. Abramitas concluyó por hacer cuatro caricias á su mujer, y pedirle perdón de haberla ofendido.

(Se concluirá.)

(De La Buena Nueva).
ABDON DE PAZ.

Rompió el silencio al fin el padre, y les dijo:



bustos subían fácilmente a la
copa de un elevado nogal para
coger nueces y obsequiar con

ellas á sus madres y hermanas. Un compañero débil y enfermizo les contemplaba con dolor, porque no podía imitarles.

La envidia, que atormenta de una manera horrible los corazones, hacia continuamente exclamar al pobre jóven:

—Yo quiero ser tanto como ellos!

Comenzaba á trepar por el tronco del árbol, y tenia que renunciar á su empeño, porque la fuerza y la agilidad le faltaban; pero dirigiendo una mirada hácia arriba, veía de nuevo á sus compañeros en la copa del nogal, y se esforzaba otra vez para subir, exclamando:

—Yo quiero ser tanto como ellos!

Trabajaba en vano, y su cuerpo sufría, y se angustiaba su corazón. Creíase infortunado.

En el momento en que levantaba su vista con más envidia que nunca hácia sus alegres compañeros, oyó voces en un barranco profundo é inmediato al nogal. La mirada hácia arriba se tornó en mirada hácia abajo, y divisó un pobre ciego que se había extraviado del camino y suplicaba que le volviese á él alguna alma caritativa. El jóven, impotente para elevarse á la copa del nogal, con facilidad acudió á la súplica del ciego y le condujo al camino, del cual se había desviado.

—Qué feliz es V, con su vista! exclamó el ciego.

Efectivamente, el jóven se conceptuaba más dichoso que antes, porque no carecía de la vista, como la persona á quien acababa de socorrer.

—Oh! exclamó enternecido; ¡La mirada hácia arriba me desesperaba! ¡La mirada hácia abajo me ha tranquilizado!

Como este jóven hay muchos individuos de ambos sexos, que miran hácia arriba y contemplan los palacios, los carruajes y los vestidos costosos; pero hay pocos que, como él, dirijan la mirada hácia abajo y vean el hambre, la desnudez y el llanto.

Los primeros sienten la envidia y se afanan por adquirir injustas posiciones; los segundos experimentan la compasión y se contentan con su suerte. Los primeros piensan solo en adquirir; los segundos, en adquirir y socorrer.

Si queremos ser malos y vivir inquietos, miremos hácia arriba; si queremos ser buenos y vivir tranquilos, miremos hácia abajo.

COLOQUIO.

—Qué os parece esta parábola, hijos míos? dijo el padre.

—Bien, respondió Pepito; pero me costará mucho trabajo no mirar á los palacios, á los carruajes y á otras cosas de los hombres ricos.

—Puedes mirar, Pepito, á todo lo que hay en el mundo, pronunció sonriendo el padre; lo que quiere decir la parábola es que no pongas tu afición en el lujo y en la riqueza y te separes del trato de los pobres y desgraciados; pues si esto haces, te hallarás muy expuesto á perder tu virtud; y si buscas al infeliz, le consuelas y le socorres, sin dejar por eso de proporcionarte legítimamente una posición cómoda y desahogada, aprenderás la verdad de que también tú puedes llegar al infortunio y serás modesto, caritativo y religioso.

—Yo, papá, dijo Anita, pensaba que debíamos mirar siempre hácia arriba, porque Dios está en el cielo.

—Hija mía, contestó el padre, Dios está arriba, abajo y en medio; Dios está en todas partes.

TIMOTEO ALFARO.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

III.

LA CATÁSTROFE.

¡No mováis tanto ruido, parlaras golondrinas; no agiteis con tanta furia las hojas, alegres airecillos; no murmureis de un modo tan bullicioso, fuentes y arroyuelos, dejad que el pobre enfermo duerma! ¡Dejad que duerma el hombre!

¡Ah, para vosotros risueños séres que no teneis más ventura que el amor, más anhelo que un rayo de sol, es una fiesta la aparición del alba, la venida de la aurora; para el hombre abrumado de cuidados, para el hombre esclavo de sus pasiones, para el hombre condenado á un impropio trabajo, el sol es el triste heraldo de la lucha que se renueva cada día, de la sangrienta lucha, en la cual tal vez será vencedor, tal vez vencido!

Tiernas avecillas, brisas olorosas, arroyos de cristal, dichosos vosotros para quienes el día comienza con un himno de amor y acaba con un cántico de júbilo. Dichosos vosotros para quienes vivir es amar, es gozar, es flotar en un Océano de calma inalterable.

Pero no mováis tanto ruido! ¡No hagais un insolente alarde de vuestro alborozo junto al infortunio! ¡Cantad más bajo, pajarillos; moved blandamente las alas, brisas perfumadas; no choqueis unas contra otras, ondas limpiadas y azules, dejad que el hombre duerma! ¡Dejad que el rey de la creación olvide aún por breve tiempo sus combates, sus angustias!

Misero rey, desdichado semidios!

¡Hé ahí que aparece al fin atraído por vuestra imprudente charla! ¡Hé ahí que sale de su cabaña con tardo y lánguido paso, con la frente inclinada al suelo!

¡Hé ahí que se postra de rodillas ante el sol naciente, y en vez de un himno de alegría, entona una plegaria dolorosa!

¡Entona una plegaria dolorosa, y vosotros, crueles, le respondeis con sarcástico alborozo!

Pero, ¡qué es lo que estais murmurando, céfiros y aguas? ¡Qué es lo que estais repitiendo, pájaros é insectos?

—¡Ah, decid: nosotros cantamos porque nuestra dicha es una dicha de este mundo; el hombre suspira porque debe ganar su futura dicha, y esta empieza tras las nubes azuladas que ruedan por el espacio!

—¡Hijo de Dios, primogénito del Altísimo, no envidies á la brisa, á las aves, á las fuentes sus frívolas alegrías; deja que canten hoy para no ser mañana. ¡Mañana seremos polvo!

—¡Hijo de Dios, primogénito del cielo, el llanto se ha hecho para tí, porque el llanto es el bautismo que regenera el alma! No nos envidies, no!... ¡Para nosotros la ventura de un instante: para tí la ventura de los siglos!

¡Esto, esto dicen los acordes ecos, y para decir todo esto, charlan y charlan las golondrinas, las fuentes murmuran y murmuran, crujen y crujen las hojas, y el pobre enfermo despierta!...

El pobre enfermo despierta, y ya que no puede ver, escucha atentamente todos los ruidos que resuenan en su derredor, para distinguir entre ellos el de una respiración amiga, para distinguir los latidos del corazón de aquella, ángel ó mujer, cuyas evangélicas palabras le han hecho gozar de un corto sueño.

Pero el ángel ó mujer no está allí, y el pobre enfermo agita con fuerza la campanilla.

—Señorita, señorita, dice María Juana, aplicando su boca á la cerradura de la puerta del aposento en donde reposa Marta; señorita, el enfermo desea que vaya V....

Marta, que nunca es sorda á la voz de la caridad, se levanta precipitadamente, se envuelve en un peñador y sale de su aposento.

Su aposento estaba al lado del de Rosalía, y ésta la esperaba inmóvil en el dintel de la puerta.

Se conocía que no se había desnudado. Llevaba el mismo lujoso traje de la víspera, y sus ojos estaban enrojecidos por el insomnio.

—Temprano la llaman á V.! dijo con un amargo acento de ironía.

Marta se puso encendida.

—Qué la decía á V. ayer? prosiguió con vehemencia. ¡Hace apenas un mes que se halla V. en esta casa, y goza en ella de más confianza que yo!

Marta hubiera podido responder con aquel axioma de la moral universal, si quisiera ser amado, ama; pero se contuvo.

Rosalía la cogió del brazo y la preguntó en voz baja:

—¿Va V. á decir á mi primo el resultado de su visita de ayer, de la visita que ha hecho V. á las altas horas de la noche en compañía de D. Eusebio?

—Pero yo no he hecho visita ninguna! exclamó Marta sorprendida. Lo que he hecho...

—Hé ahí á la que prefieren á mí! interrumpió Rosalía con ciega cólera. Falsa, hipócrita y mentirosa! ¡La quieren porque su carácter está en armonía con el de ellos!

Marta sintió que toda la sangre se le agolpaba al corazón.

—Señorita, dijo con altivez, ignoro de qué me habla usted, pero como mi conciencia de nada me arguye, excuso defenderme.

Un relámpago de ira brilló en los ojos de Rosalía, y su semblante se cubrió de púrpura.

—Vaya V., repuso con voz sorda, y diga V. á mi primo que la barrera que le importunaba ya está rota. Que más afortunada que él, estaba ciega y he recobrado la luz de mis pupilas!

Se precipitó en su estancia y cerró la puerta con violencia, dejando á Marta estupefacta.

Ésta quedó inmóvil por algunos instantes.

—He hecho mal de enojarme, pensó. Se conoce que esa pobre jóven está bajo el dominio de una pasión violenta que la ciega, y yo hubiera debido acudir en su auxilio para mostrarla la realidad bajo su verdadero prisma. Se ve que ama á su primo, y tiene celos de mí!... Tener celos de mí, qué locura!

Resuelta á provocar entre ambas una franca explica-

ción, llamó repetidas veces á la puerta, pero Rosalía no contestó.

—Qué hace V., señorita? exclamó María Juana, apareciendo al extremo del corredor. ¿No sabe V. que D. Pablo padece de los nervios y pronto se impacienta?

En efecto, cuando Marta penetró en el aposento del enfermo, le halló sentado sobre el lecho, y restregándose las manos con febril agitación.

Así que la oyó acercarse, exclamó con tono doloroso:

—Por qué me abandona V.? ¡Marta, Marta, por Dios, no se aleje V. de mí! ¡Hágame V. oír siempre su voz dulce y persuasiva! ¡Tal vez dentro de algunos instantes necesitare de sus consejos!.. Estamos solos!.. ¡Cierre usted bien la puerta!.. He dormido!.. ¿Quiere V. creer que he dormido, apesar de que este papel me quema con su contacto como si fuera de fuego? Sí, he dormido y he soñado que los espíritus benéficos me repetían sus palabras de V!..

Calló un breve instante, y luego repuso:

—Marta, es preciso que me lea V. este papel, pero es preciso que me jure V. guardarme el secreto, sea lo que sea lo que contenga...

Espere V., añadió, comprendiendo que Marta tendía la mano disponiéndose á complacerle; aún nó: deje usted que reuna todo mi valor... Yo no se por qué me palpa con tanta violencia el corazón: ¡oye V. sus latidos, Marta! ¡Ay, antes, como decía V. ayer, yo era bueno, muy bueno! Antes creía y amaba!..

Vamos, vamos, prosiguió con acento convulsivo, acabemos pronto! Esta expectativa trueca mi agitación en frenesí...

Tendió á Marta el papel, y al oír el ruido que esta hacía al desdoblarlo, quiso arrebatárselo de nuevo.

Sin embargo se contuvo, enjugó el sudor que corría por su frente, y dijo con voz trémula:

—Lea V.!

—Oh, Dios mío! exclamó Marta, ¿pues no viene dirigido á mí este escrito? ¿Quién me conoce á mí en la Aldea?

—Lea V.! lea V.! repitió Pablo con creciente agitación.

El papel no tenía firma ni fecha, y estaba concebido en estos términos:

—Señorita: Sé que es V. discreta y amable: se que doña Raimunda se ha retirado á descansar y que está V. sola al lado del enfermo, á quien deseo comunicar un importante asunto.

Nadie mejor que V. puede ser mi intermediaria con él y por lo tanto, la suplico que lea lo que sigue:

Pablo: ha llegado el momento de jugar el todo por el todo. Sabes que tengo en mi poder la orden del señor Obispo para que se despoje á tu tío de su curato y se le recojan las licencias; pero lo que ignoras es que por medios que conocerás en breve, me he erigido en dueño de tu casa, y que si no accedes á mis deseos, no tendrás ni aún lecho en donde reclinar tus miembros doloridos. El rayo está en mi mano; pero tu sumisión puede detenerlo. Para ello es preciso que mañana ántes que dé la última campanada de las doce el reló de la Aldea, me lleve Marta el depósito que codicio á las ruinas de la ermita. Al entregármelo, le entregaré el documento del cual pende tu bienestar y el de tu familia."

Al concluir tan extraña lectura, Marta fijó los ojos en el enfermo, y soltó un grito de indecible espanto.

Estaba pálido, amoratado, sucumbiendo á una nueva y repentina crisis de la terrible enfermedad que le aquejaba.

Marta quiso abalanzarse hácia la puerta para pedir socorro; pero Pablo la asió con tanta desesperación del vestido, que se lo hizo girones.

La pobre jóven, trémula y azorada, permaneció á su lado, sosteniéndole en sus brazos, vertiendo sobre su rostro un raudal de lágrimas.

Este bienhechor rocío pareció refrigerar al enfermo; sus músculos contraídos se aflojaron; la sangre volvió á circular por sus venas. Cayó sobre el lecho sin voz, sin movimiento, pero también sin convulsiones.

Apretó débilmente la mano de Marta, que retenía entre las suyas, y murmuró con voz casi ininteligible.

—¡Quisiera verte, tú que haces tanto, tanto bien á mi alma!

Sus megillas empezaron á colorearse, bañó su frente un copioso sudor... La crisis había pasado.

Y mientras Marta con la solicitud de una madre, le enjugaba el sudor con su propio pañuelo, él repetía en voz baja.

—¡Oh Dios mío, creo en tí, supuesto que me has enviado á uno de tus ángeles!

A su acceso seguía siempre una postración absoluta. Quedó inmóvil; pero tantas cuantas veces quiso Marta retirar sus manos de entre las suyas, él las retenía dulcemente, murmurando en voz baja:

—Nó, oh

¡Y cuán

do por su

y magnifica

pareciendo

Hasta en

no, en aque

—Rosalía

por qué se

Pablo fu

fuerzas, y

—Oh, Ma

de mí es un

pude salvar

Preferí el d

que he hech

Pero V. n

El bien s

mundo. El

le espinas p

propio para

¡Oh, Mart

rado y rico!

ré mañans si

que obran ma

hacer? ¡Diga

—Esa preg

Marta, sino

ento reúne

cosas de la v

—Pero el

curso, y á ca

zones poder

Dígame V. l

—Para mí,

es un enigma

es nada, es t

me guío por

nada me imp

ciencia, y no

ella, si en ell

—Niña, in

no se vive, y

—Yo he

embrada qu

tante de Dio

vitud del mu

más que del

Lo que nos

mundo!

—El trabaj

cuándo llega

—El trabaj

o duradero

su dignidad

porta todos

pual siega los

ros inmarcesc

—Vida de

—Diga V.

pajado mucho

lian sostener

insomnio apé

tente en mi

razón! ¡Con

trabajo! ¡Con

me hacia falt

y educar á m

atado de nád

una bajeza, y

tal aprecio! I

crecido, así c

encuentre rep

—Yo nunc

blo. No lo nec

—Por eso n

—Pero pue

¡Con qué qui

alimentar á m

licencias, si n

—¡La provi

más nos aban

—La Provi

amarga ironía

Perdone V.

con melancól

—Muchas v

res de nuestra

stencia y al n

nostros desad

—Quizás, p

zon del homb

Rosalia no

ana, apare-
que D. Pá-
nta?posento del
tregándose

oloroso:

, por Dios,

su voz dul-

stantes ne-

erre usted

er que he

on su con-

y he soñar-

palabras

l, pero es

sea lo que

ta tendia

deje us-

é me pal-

latidos,

eno, muy

nvulsivo,

agitacion

e esta ha-

ue corria

ene diri-

mí en la

te agita-

oncebido

que doña

V. sola

n impor-

a con él

do por el

del señor

o y se le

por me-

dueño de

ndrás ni

ridos. El

etenerlo.

a última

me lleve

ermita.

ual pen-

s ojos en

a nueva

le aque-

ra pedir

cion del

ció á su

e su ros-

nfermo;

volvió á

voz, sin

nia en-

e.

en á mi

frente

adre, le

etia en

as en-

soluta.

Marta

dulce-

—Nó, oh nó!

¡Y cuán hermoso estaba con su pálido rostro sombreado por su negra y lustrosa barba, cercado por su rizada y magnífica cabellera, con sus ojos rasgados y bellos, aún pareciendo de pupilas!

Hasta entonces no había visto en él más que al enfermo, en aquel momento vió al hombre.

—Rosalia le ama, pensó, y tiene razon de amarle. Ah! por qué se habrán separado así sus corazones?

Páblo fué recobrando paulatinamente las perdidas fuerzas, y por fin exclamó con amarga desesperacion:

—Oh, Marta, Marta! ¡V. no sabe que lo que se exige de mí es una infamia, es una vileza!.. Hace tres meses pude salvarme cometiéndola, y no quise. No, no quise! Preferí el deshonor y la miseria!.. ¡Ah, es el solo bien que he hecho en medio de tantos desaciertos!

Pero V. no lo sabe, Marta, V. no lo sabe, pobre niña.

El bien se espía de un modo muy doloroso en este mundo. El mundo tiene coronas de rosas para el mal, y le espinas para el bien: palmas tiene para el primero, y oprobio para el segundo.

¡Oh, Marta, si yo hubiese aceptado entónces, seria honrado y rico! Mire V. lo que soy ahora, mire V. lo que seré mañans si no acepto! Porque él hará cuanto dice: á los que obran mal todo les sale bien, inocente niña! ¿Qué debo hacer? ¡Dígame V., por Dios, qué es lo que debo hacer?

—Esa pregunta no debe V. dirigírmela á mí, exclamó Marta, sino á su buen tío D. Eusebio, que á un claro talento reúne un corazon generoso. Sin experiencia de las cosas de la vida, cómo puedo yo aconsejarle?

—Pero él me recriminaria, él me dirigiria un largo discurso, y á cada una de sus razones hallaria yo cien razones poderosas que oponerlas... V. no raciocina, siente. Dígame V. lo que sienta!

—Para mí, cuanto acaba V. de decir del mal y el bien, es un enigma que carece de sentido. Para mí el mundo es nada, es todo la conciencia. Solo veo por su luz, solo me guio por sus leyes.... Yo nada le pido al mundo, nada, nada me importan sus favores: todo se lo pido á mi conciencia, y no creo que exista la desdicha si me refugio en ella, si en ella encuentro la aprobacion que deseo...

—Niña, interrumpió Páblo amargamente, sin dinero no se vive, y el mundo da dinero...

—Yo he oido decir que existe una potestad más ennumbrada que el mundo, una potestad hija y representante de Dios sobre la tierra; que nos redime de la esclavitud del mundo, y esta potestad que no recibe leyes más que del que gobierna el Universo, es el trabajo... Lo que nos da el trabajo no nos lo puede arrebatarse el mundo!

—El trabajo, el trabajo! Una gota de agua sobre otra, cuándo llegarán á formar una laguna?

—El trabajo, fuente de la libertad del hombre, zócalo duradero sobre el cual puede elevarse, conservando su dignidad y su noble independencia, destrozado que porta todos los lazos que le sujetan al mundo, y con el cual siega los láuros que deben ceñir su frente, los láuros inmarcescibles de la probidad y la virtud.

—Vida de privaciones y dolores!

—Diga V. vida de calma y apacible dicha! ¡Yo he trabajado mucho!... ¡Cuando mis débiles manos apenas podían sostener la aguja, cuando mi vista turbada por el insomnio apenas podía contar los hilos, proseguia no obstante en mi tarea, y toda era regocijo dentro de mi corazon! ¡Con qué santo orgullo recibia el precio de mi trabajo! ¡Con qué santo alborozo compraba con él lo que me hacia falta para vivir con decencia, para alimentar y educar á mis hermanos adoptivos!... Yo jamás he necesitado de nádie!... ¡Nádie ha podido obligarme á cometer una bajeza, y con mi conducta me he conciliado el general aprecio! Duermo tranquila, vivo tranquila... Así he crecido, así caminaré por la senda de la vida, hasta que encuentre reposo en el sepulcro...

—Yo nunca he trabajado! murmuró tristemente Páblo. No lo necesitaba.

—Por eso no conoce V. los goces del trabajo.

—Pero puedo trabajar ahora? No ve V. mi estado? ¡Con qué quiere V. que compre el pan necesario para alimentar á mis pobres viejos, si á mi tío le recogen las licencias, si nos echan de esta casa?

—¡La providencia de Dios y la caridad del prójimo jamás nos abandonan!...

—La Providencia! la caridad! balbuceó Páblo con amarga ironía, en dónde están?

Perdone V., Marta! he sido tan desgraciado! repuso con melancólico acento.

—Muchas veces, casi siempre, nosotros somos los autores de nuestra propia desventura, y acusamos á la Providencia y al mundo, de lo que es resultado natural de nuestros desaciertos.

—Quizás, pero Dios ha puesto la ambicion en el corazon del hombre, por qué la ha puesto?

—Para inducirle á llevar á cabo grandes y nobles cosas, dignas de su celeste origen!

—Yo he ambicionado ser rico, ser poderoso, y juro á usted que en mis ensueños de jóven si anhelaba poseer riquezas y dignidades, era para esparcir el bien en torno mio. Yo fundaré en mi pueblo un hospital, decia, para los pobrecitos enfermos; una escuela, para que la luz del saber descienda á iluminar todas las clases; estableceré un premio á la virtud y haré una fundacion para dotar á ocho doncellas pobres.... Viviré en la capital, y buscaré á la indigencia honrada para socorrerla, seré el amigo de los artistas, el padre de los industriales, y fomentaré las artes y la industria.... ¡Ah, insensato de mí, que creia en el bien! ¡Ah nécio de mí, que buscaba la fortuna para auxiliar á mis hermanos, y mis hermanos me han vuelto desdeñosamente la espalda.

¡Ah, si yo hubiese sido egoista, si hubiese concentrado en los goces materiales toda mi atencion, si no hubiese escuchado los pérfidos consejos de ese hombre!...

Desde que él traspasó los umbrales de mi casa todo cambió en mí, alrededor de mí.... El campo me pareció sin galas, sin resplandor el sol.... Me pareció insulsa la vida uniforme de familia, y enormes los defectos de carácter de mi prima Rosalia, con quien debía casarme.... Nunca habiamos congeniado, y por esto iba retardando mi boda de dia en dia; pero la toleraba, y al fin la hubiera llamado mi esposa. Despues se me hizo aborrecible, porque habia quien pusiese de relieve su altanería, su egoismo, su afan de tener esclavos....

Recuerdo que era una tarde de invierno triste y nebulosa. Ese hombre y yo habiamos salido de caza. Me gustaba su compañía, porque era el único que parecia comprenderme, porque aplaudia todas mis acciones, se anticipaba á todos mis deseos, y acogia con entusiasmo cada uno de mis asertos. ¿Quién habia de imaginar que obraba así por cálculo? ¿Que obedecia á un plan trazado de antemano?

En la tarde de que hablo me hallaba poseido de esa vaga tristeza que experimentan las jóvenes almas llenas de sávia y vigor, encerradas entre las cuatro paredes de su pueblo. Un alma jóven es como el pájaro recién nacido que ansia tender el vuelo y solazarse en el espacio. Mis ojos siempre tropezaban con el círculo de montañas que constituyen esta sierra, mi espíritu se oprimia oyendo siempre el monotonó ruido de las conversaciones vulgares que se entablaban en torno mio. Habia recibido una educacion brillante, sabia mucho más que los otros jóvenes de mi edad. Si mi padre me destinaba á vejetar entre ellos, no debió descender ante mis ojos el velo de otro mundo, de otra vida.

Estaba sentado sobre el tronco de un árbol viendo á mi compañero como perseguia á una liebre. El advirtió mi actitud meditabunda, dejó su escopeta y vino á sentarse junto á mí.

—Veo que estas triste, me dijo, y adivino la causa de tu tristeza. Tú no has nacido para vivir en el pueblo, confundido entre tus toscos compañeros. Tienes el alma templada para otras cosas, el espíritu dispuesto para más altas ocupaciones que las de contar los granos de la sementera, ó lo que producen las yuntas dando vueltas incesantes al rededor del campo. Eres rico, puedes vivir de tus rentas. Eres además instruido y apto para desempeñar cualquier destino, por qué te retienen aquí? ¿Por qué te encadenan aquí, obligándote á desempeñar un papel subalterno que no te corresponde? Los habitantes de los campos tienen miras tan estrechas! ¡Son de ánimo tan apocado! de tan mezquinos sentimientos! Pero á las almas varoniles y esforzadas les toca sacudir el yugo de nécias preocupaciones, de egoistas asechanzas.

El otro dia oí contar á tu tío que teneis progenitores ilustres, que tus antepasados ocuparon altos puestos y prestaron numerosos servicios al estado. ¿Quién te impide obrar como ellos, y buscar en la corte una posicion más compatible con tu modo de ser, con las legítimas aspiraciones de tu alma? Apoyado en los méritos de tu familia y en tu propio mérito, puedes llegar á todo. Madrid es un palenque abierto para cuantos como tú, tienen deseos de prosperar. Quién sabe! Con constancia y fe puedes llegar hasta á ministro, y entónces, ¡qué buen empleo podrias dar á las generosas cualidades que te adornan! ¡Cómo podrias complacerte en labrar el bien de tu país, en enjugar las lágrimas del huérfano y la viuda, en redimir los males de los pueblos! ¡Qué santo orgullo, qué dulce regocijo debe llenar el corazon del que encumbrado á tanta altura, utiliza su inmenso poder para el bien, y derrama en torno de sí incesantes beneficios, seguro de que su nombre quedará inscrito con caracteres indelebles, tanto en las páginas de la historia como en el corazon de sus contemporáneos.

Oh que bello, que bello es esto! ¡Animo, rompe las cadenas de hierro que te sujetan á tu nécia prima, sacude el yugo de preocupaciones vulgares que te aprisionan

aquí, y corre á labrarte un porvenir noble y glorioso en otra más brillante esfera!

Ay! ¡necesito decir que estas pérfidas sugestiones hicieron en mí una impresion profunda?

Ese hombre tiene la palabra fácil, el ademan persuasivo; mi credulidad, mi orgullo y mi ambicion, trabajaban además por cuenta suya.

Desde el dia siguiente registré con ardor los empolvados pergaminos de mi familia, y alucinado por él, creí que eran otros tantos títulos al portador para que me concediesen un empleo tan alto como lo ansiaba mi acalorada fantasía.

Mi familia y mi prima se opusieron á mi proyecto con una tenacidad indecible. Consejos, reflexiones, órdenes, todo lo desoí, todo lo atropellé.

Era mayor de veinticinco años; hipotecué la parte de hacienda que me correspondia, y con aquella suma, que me parecia un tesoro inagotable, partí con la mente henchida de vanos sueños y el corazon de engañosas esperanzas.

Infeliz! ¡no sabia que aquel puñado de oro que me hacia rico en el pueblo, era una gota de agua perdida en el océano de caudales que circulan en la corte!

Pero por de pronto tenia dinero; alquilé una magnífica casa espléndidamente amueblada, compré un soberbio alazan, me hice trajes de una elegancia exquisita, y se abrieron ante mí todas las puertas... Concurrí á los bailes de palacio, de los embajadores, de los ministros, de la grandeza, alterné con las celebridades artísticas y literarias, franqué los escenarios de los principales teatros, y hablé de tí á los actores que estaban más en moda. Todo esto me deslumbró, me fascinó...

A doquiera que fuese era acogido con benévolas sonrisas; mis pretensiones más extravagantes parecian á todos naturales y sencillas. Cuando iba á los ministerios, recogia una abundante cosecha de esperanzas, y adormecido con aquel oropel, con aquel incienso, veia pasar uno tras otro los dias sin inquietarme porque no me trajesen la realizacion de ninguno de mis sueños. En Madrid las horas tienen alas.... Corriendo de diversion en diversion, enredado en mil galantes aventuras, solo me preocupé un poco cuando vi agotarse la suma, á mi parecer fabulosa, que habia traído de mi pueblo. Pero estaba tan seguro de obtener el alto empleo que ambicionaba en un breve plazo, que no dudé en exigir sacrificios á mi familia, sacrificios que esta hizo sin vacilar, pero no sin abrumarme con enojosas advertencias.

(Se continuará.)

Soluciones á las charadas insertas en el número 5 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Febrero, por las señoritas doña Pilar Valdés y Couder, de Candás; doña Teresa Batlle de Peydro, de Almería; doña Laura Albarrán y Marqués, de Badajoz; doña Aurea Cibeira, de Carbullino; doña Pilar Fortuy, de Aguilas; señoritas doña Nieves y Concha Fernandez y Córdoba, de Villacastín; doña María Luisa Perez Duro, de Badajoz; doña Francisca Rocafort, de Marin, y doña Adelaida Rodriguez, de Tarragona.

Hé aquí por último las soluciones de ambas charadas en verso, que debemos á unas amables é inteligentes suscriptoras:

En el último número
De tu CORREO,
Que aparte sea dicho,
Con gusto leo,
Vi una charada,
Que me ha dado deseos
De Limonada.

De la segunda charada
He creído que es el todo,
Por lo que en ella se indica,
Amalarico, rey godo.

STAS. DE GUANTER.

CHARADA.

Mi segunda repetida
Es un baile divertido;
Y prima, segunda y terciá
Presente de indicativo.
La cuarta sin duda es
Una nota musical,
Como quinta con tercera
El nombre de un animal.
El todo, caro lector,
Epiteto es de mujer;
Tanto más agrada al hombre
Cuanto más se acerca á él.

Jimena, 1.º Febrero 1874.

JUANA ILLAN.

Una bella señorita nos remite el siguiente *enigma*, cuya resolucion sometemos á nuestras discretas lectoras:
¿Quién fué la que naciendo en un bosque, fué árbitra de una corona?

CONSEJOS DE HIGIENE.

Hemos dado algunas recetas para la conservación del cabello, adorno principal del hombre, y hoy vamos á tratar de la higiene, que es la que más contribuye al efecto apetecido. El modo de cubrirse la cabeza, es, á nuestro entender, una de las cosas que más influyen en la calvicie prematura, y por esto los hombres, obligados á llevar casi siempre sombreros ó gorros, que no dejan lugar por su pesadez á la necesaria evaporación del cutis, quedan calvos antes de tiempo. Por esta misma razón, la costumbre que tienen algunas señoras de llevar siempre un pañuelo de seda ó de algodón en la cabeza antes de peinarse, es fatalísima, y produce los más desastrosos resultados. En este caso debe preferirse las redecillas de malla ó crochet, las gorritas de tul y aun las de muselina, pero nada que pese y que impida el desarrollo natural de la cabellera: no olvidemos que esta es una planta, y que como las plantas, necesita aire y luz para crecer y fortificarse.

Hay personas también, que con el pretexto de limpiarlas rayas, emplean todos los días y con larga insistencia un peine fino y espeso, sin ver que este procedimiento, además de

arrancar gran cantidad de pelo, ataca á la raíz y la destruye, acaso para siempre. Cuando hay caspa es preciso indagar la causa que la produce, y aplicarla los remedios exteriores é interiores que aconseje la ciencia para extinguirla, pues esto es imposible conseguirlo con la ayuda del peine, que si la quita hoy volverá á aparecer mañana.

Una de las causas que la producen, es sin duda alguna la gran masa de cabellos postizos prescritos por la Moda, lo cual, acalorando la cabeza, provoca una transpiración abundante que se concreta bajo la forma de una materia crasa, y que suele determinar la mayor parte de las vees erupciones, y por último la calvicie.

Así, pues, las señoras sensatas deben procurar conciliar la Moda con la higiene, eligiendo peinados sencillos y que se adapten perfectamente á la cabeza, sin necesidad de sujetarlos con muéhas y grandes horquillas, que además de arrancar el pelo, tiran por todas partes y acaban por irritar el cutis cabelludo de una manera desastrosa.

Esos enormes edificios con que algunas se cubren la cabeza, además de ser sumamente perjudiciales á la salud, no las embellecen, porque no puede embellecer nada que sea exagerado y no guarde armonía con las proporciones del cuerpo. Es preciso tomar de la Moda lo que tenga de bello y elegante, y dejar lo pesado y ridículo á las personas de mal gusto. Algunas trenzas, algunos rizos, dispuestos con gracia, bastan para formar un peinado sencillo y gracioso, que realce la fisonomía. De todos modos, es preciso dejar muchas horas el pelo suelto y al aire, para que las funciones de la piel puedan cumplirse libremente.

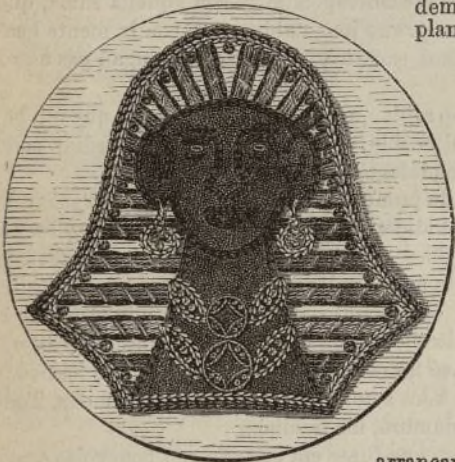
Por esto mismo aconsejamos á las madres que acostum-



21. Caja para pañuelos. (Véanse los núms. 22 y 23).



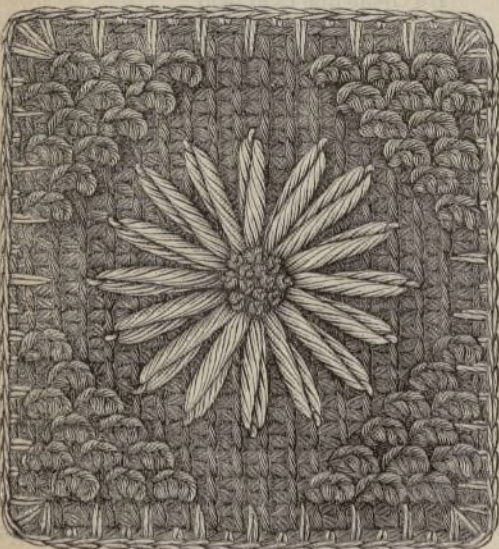
24. Arandela de cuentas de cristal.



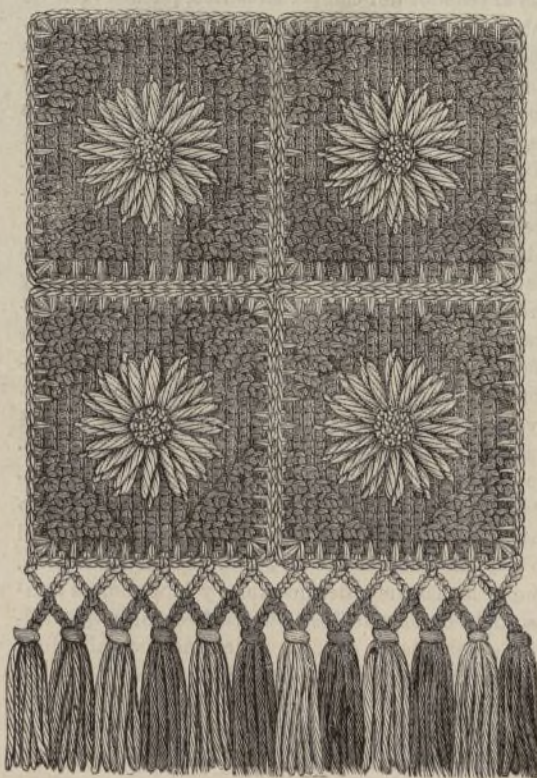
22. Centro de la caja núm. 21.



25. Pintura para el abanico núm. 3



27. Cuadro para la manta núm. 26.



28. Manta de viaje.

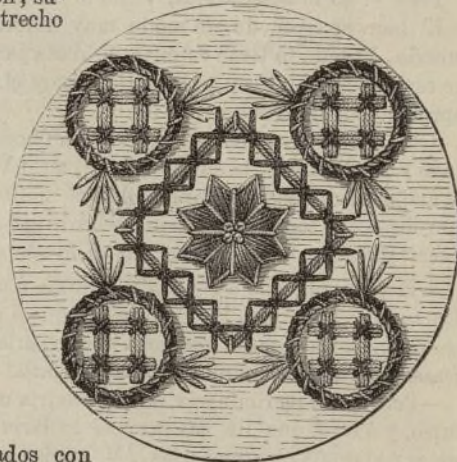
bren á sus hijos á llevar la cabeza descubierta, y que no les pongan sobre todo esas gorritas de lana que son tan perjudiciales, más que en un momento dado.

LA CONDESA DE ARACELI.

CORRESPONDENCIA.

E. P. de P.—Las manchas de grasa sobre las telas de seda se quitan con la benzina, procediendo de este modo: se extiende la parte manchada sobre una mesa, se echa un poco de benzina dentro de una taza, y se sumerge en el líquido un tarugo de lienzo muy limpio, con el cual se frota la mancha hasta que desaparezca. Queda no obstante el círculo que ocupaba, y por lo tanto es preciso poner encima una capa de yeso pulverizado, el cual se deja secar cepillándolo luego. Si aun quedase alguna sombra, se hace desaparecer con goma elástica ó miga de pan.

Una suscritora.—He visto un traje de luto muy distinguido, y que tal vez llenase sus deseos. Ancho volante en el bajo de la falda, y encima un bullonado de crespon, sujeto de trecho en trecho con hebillas, estrellas ó botones de azabache mate. Muchos órdenes de bullones iguales formaban el delantero, llegando hasta la cintura. Túnica prolongada por detrás, completamente abierta por delante, y recogida en los



23. Cenefa de la caja núm. 21.

costados con lazos de cinta, sujeto el lazo con estrellas de azabache. El adorno de la túnica, lo mismo que el de la chaqueta, consistía en volante estrecho con encima bullonado de crespon, el cual dibujaba también una graciosa berta sobre el pecho.

Flor de Lis.—La recomiendo á V. el Agua nacarada de Ortells, cuyo anuncio verá V. en el número pasado, los excelentes artículos de perfumería que se hallan de venta en la Peluquería Universal, plaza de Topete, 15, y los corsés higiénicos de Madame Grand, plaza de Celenque, núm. 1.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.441.

FIG. 1.—Traje de visitas. — Vestido de cachemir azul, adornada la falda por detrás con cuatro volantes, y por delante con bullones entre dos bieles, á distancias regulares los unos

de los otros. Abrigo-túnica de seda negra, guarnecido con bieles de raso y encaje negro. Sombrero de faya negra, con diadema, plumas y cintas azules grupo de rosas y sprit. Cuello con corbata rosa, y mangas anchas de encaje.

FIG. 2.—Traje para sociedad. — Es una linda combinación de faya maiz y malva. Una tira malva lisa abierta en puntas cuadradas, alterna con volantes maiz fruncidos, y á los que hace formar cabeza un biés malva. Esta combinación forma la parte de atrás de la falda. Por delante alternan anchos bieles maiz y malva, orillados con encaje negro, y terminados en los costados por rosetas de encaje, y en el centro boton malva. Chaquetilla malva abierta en corazon y adornada de encaje, que se completa con gola abierta de encaje blanco. Mangas correspondientes.

FIG. 3.—Traje de casa para jovencita. — Vestido gris habana; primera falda á rayas negras, la túnica es lisa y terminada con dos volantes fruncidos. Una cinta orillada de encaje forma tirantes sobre el cuerpo, y adorna la abertura de la manga. Cinturon con lazo atrás y largas caídas. Lazo coral en el cabello.



28. Almohadon cubierto de muselina.

26. Manta de viaje.

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª y 4.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patrones.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.



PARDESSUS ANGOT.



CHALECO LUIS XV.

Ayuntamiento de Madrid

IMP. Y LIT. DE N. GONZALEZ, SILVA-12-MADRID.

